

Las formas de participación política juvenil en la democracia argentina: treinta años de encuentros, divergencias, cambios y persistencias

Dr. Pablo Vommaro
(IIGG-UBA/CONICET/CLACSO)
pvommaro@gmail.com
[@pablovommaro](https://twitter.com/pablovommaro)

Si pensamos en las formas de organización y participación política en los últimos treinta años de democracia en la Argentina se hace ineludible abordar las modalidades que adquirieron estas dimensiones entre las juventudes. En efecto, uno de los rasgos sobresalientes del período es la consolidación del sujeto juvenil como activo protagonista de la vida política y el conflicto social. No exentas de cambios, discontinuidades y tensiones, los modos de participación y militancia que produjeron los jóvenes signaron la dinámica del proceso político argentino en estos años.

Para avanzar en nuestro tema, presentaremos brevemente las maneras en las que nos acercamos a la participación política juvenil, lo que implica explicitar como abordamos a los jóvenes y las juventudes.

Si bien los jóvenes aparecen en diversos momentos de la historia de la humanidad, la juventud como sujeto social y político es un producto del capitalismo y la modernidad de la mano del dispositivo escolar, en su doble dimensión de contenedor de niños y jóvenes y de instancia propedéutica para el mundo del trabajo y la política ciudadana (Balardini, 2000). Aunque su estudio genealógico podría llevarnos a épocas anteriores, fue a partir de la segunda posguerra cuando comenzó a considerarse en los países occidentales este período como un momento específico y diferenciado de la vida. Luego de décadas de expansión y consolidación del protagonismo juvenil, en los años noventa las diversidades que caracterizaban –y caracterizan– a la juventud llevaron a pluralizar el término y hablar de juventudes.

A partir de nuestra perspectiva centrada en la relación entre las y los jóvenes y las formas de participación política, consideramos a las juventudes como experiencia vital, situada y noción socio-histórico-cultural definida en clave relacional, más que etaria o biológica. En este punto encontramos que la noción de generación es muy fructífera para acercarnos a las relaciones entre las juventudes y las políticas. La generación no puede ser considerada solo como una cohorte, puesto que –como ya había señalado Mannheim (1993 [1928])– la mera contemporaneidad cronológica no es suficiente para definir una generación. Por el contrario, la idea de generación, antes que a la coincidencia en la época de nacimiento, “remite a la historia, al momento histórico en el que se ha sido socializado” (Margulis y Urresti, 1996:26). Sin embargo, una generación tampoco puede comprenderse sólo a partir de la coexistencia en un tiempo histórico común, sino que –para ser tal– deben ponerse en juego de una u otra forma, elementos de identificación común entre sujetos que comparten un problema. Entonces, el vínculo generacional aparece y se constituye como efecto de un proceso de subjetivación, ligado con una vivencia común en torno a una experiencia de ruptura, a partir de la cual se crean mecanismos de identificación y reconocimiento en tanto parte constitutiva de un nosotros (Lewkowicz, 2004). Lewkowicz propone que una generación se configura cuando se tienen problemas en común que se expresan en una experiencia alteradora, y en ese sentido, las generaciones se caracterizan, también, por sus movimientos de ruptura: “una generación se constituye cuando el patrimonio legado se disuelve ante el embate de las circunstancias. Un saber transmitido se revela insolvente. Tenemos un problema: de esto no se sabe. Si nos constituimos subjetivamente como agentes de lo problemático del problema, advenimos como generación” (Lewkowicz, 2004).

En la dinámica histórica, como lo señala Bauman (2007), las generaciones pueden sucederse, pero también superponerse. De esta manera, el conflicto intergeneracional se expresa en las dinámicas políticas, sociales y culturales de las sociedades en las que se produce. Así, en un mismo momento histórico pueden coexistir –muchas veces en tensión– diferentes maneras de producir juventud y de ser joven (Ghiardo, 2004:44). Así comprendidos, por un lado, los jóvenes *son producidos* por el sistema de dominación. Pero también, en tanto colectivos organizados, *producen* –resistencias, prácticas alternativas, interrupciones, creaciones, innovaciones–; y *se producen*, generando estéticas, modos de ser y subjetividades que los

singularizan (Vommaro, 2013). De lo que se trata, entonces, es de identificar e interpretar los principales rasgos que caracterizan las configuraciones generacionales en una situación singular.

Así como dijimos que las juventudes se han pluralizado y transformado en los últimos años, también la política experimentó cambios que la resituaron y ampliaron sus alcances. En efecto, si miramos el mundo de la política y lo político, podemos identificar un proceso de ampliación de sus fronteras tanto en la Argentina como en el mundo. Este ensanchamiento de los espacios de la política en la vida social puede ser explicado a partir de la noción de politización. Así, la politización de las relaciones y los espacios cotidianos diluyó ciertas fronteras entre lo privado y lo público produciendo un avance de lo público en tanto producción de lo común y territorio de la política. Desde esta mirada, la política es una producción relacional y dinámica, en proceso; y los jóvenes son protagonistas fundamentales de estas transformaciones de las formas de la política, con sus innovaciones y continuidades respecto a modalidades anteriores (Vommaro, 2013a).

Profundizando en la noción de politización, sostenemos que algunas prácticas culturales juveniles – aún cuando no han sido concebidas como políticas por los actores que las protagonizan- pueden ser leídas como modos de expresión de politicidad, en tanto “modos de contestar al orden vigente y formas de insertarse socialmente” (Reguillo, 2003), o bien de intervenir en el espacio de lo común (Nuñez, 2010). Así, prácticas que pueden considerarse como expresivas o culturales han devenido políticas al calor de su publicidad y su carácter conflictivo, colectivo y organizado.

Ingresamos, entonces, en la relevancia del proceso de culturización de la política o politización de la cultura, trabajado por varios autores (Reguillo, 2003; Borelli, 2010), en el cual el protagonismo social y la producción subjetiva de los jóvenes constituyen también una estética particular que es, a la vez, juvenil y alternativa. Al cruzar las producciones estéticas con las dimensiones política y subjetiva se construye una expresión estética juvenil contracultural y alternativa que deviene, en algunas situaciones, en una ética joven en conflicto y en fuga respecto a las tendencias hacia la dominación y la mercantilización de la vida.

Este proceso de culturización y estetización de la política, que implica también que los afectos y las corporalidades adquieran otro lugar en las producciones políticas, se articula con otra emergencia de los últimos años: el territorio como producción política y la política como producción territorial. Así, el proceso de territorialización de la política –a partir del cual el espacio se transforma en una producción política, en una construcción colectiva y relacional-, nos sitúa en la dimensión comunitaria, en donde lo común y lo público no se reducen sólo a los ámbitos estatales (Vommaro, 2010).

Presentados ya nuestros problemas y las nociones a partir de las cuales los abordaremos, comenzaremos el recorrido a través de las formas de participación política juvenil en los últimos treinta años de democracia argentina para identificar encuentros, divergencias, cambios y persistencias.

Años ochenta: encanto y decepción

Un primer momento se delimita desde la restauración democrática hasta el fin del gobierno de Alfonsín (1983–1989). En efecto, 1989 marcó un momento de quiebre respecto de las expectativas construidas en torno a la posibilidad de consolidar un modelo estable de democracia y bienestar social que resuelva la cuestión social pendiente y profundizada por la dictadura (Vommaro y Picotto, 2010). La vuelta de la democracia era interpretada como oportunidad para “restituir la política en su lugar”. Fue así como se definieron los contornos de la “buena política”, cuyo actor principal era el ciudadano; el acto político por excelencia, la participación a través del sufragio, a la vez que la representación política debía canalizarse por los partidos políticos (Merklen, 2005).

Esto es lo que permite comprender la intensa participación en partidos políticos durante los primeros años de la democracia. Fueron especialmente los jóvenes aquellos que más compromiso mostraron en cuanto a las formas democráticas representativas de participación (Sidicaro, 1998).

Sin embargo, la idea de que la democracia pondría “la política en su lugar” mostró rápidamente sus limitaciones. Esto se evidenció en el “abismo creciente entre las opiniones e intereses de las personas y las instituciones políticas, la muy baja estima en que se tenía a los políticos y la política, y en especial a los procedimientos partidarios para seleccionar candidatos y tomar decisiones y a cierta sensación general de

que las expectativas depositadas en los representantes habían sido, y volverían a ser una y otra vez, defraudadas” (Novaro, 1995: 96). Asimismo, leyes como el Punto Final y la Obediencia debida, sumadas a la crisis económica y de la deuda externa, y a la constatación de que con la democracia existente no se comía, no se curaba y no se educaba; generaron un clima de decepción y desencanto que produjo la oportunidad política para la implantación neoliberal.

Los noventa: la política en los barrios

En los años noventa encontramos una situación que puede leerse al menos desde dos enfoques. Algunas visiones proponían que la denominada crisis de representación se traducía, especialmente entre los jóvenes, en la ausencia de toda forma de organización y acción colectiva. Desde esta óptica, la crisis de la política -entendida como sistema de representación institucional y liberal- expresaba, al mismo tiempo, la crisis de la participación política juvenil (Sidicaro y Tenti Fanfani, 1998). Sin embargo, a partir de las investigaciones en las que se basa este artículo, decimos que las nociones de apatía, desinterés o desencanto aludían a la falta de legitimidad y de compromiso entre los jóvenes hacia *determinadas* formas de la política. Es decir, no significó el rechazo a la política como tal -entendida como discurso y como práctica relacionados con la construcción social de lo común-. Entonces, el desinterés, la apatía o desencanto no tienen por qué traducirse en la idea de que las nuevas generaciones no valoraban las cuestiones públicas o, en otras palabras, que se trataba de generaciones despolitizadas.

Por el contrario, los diagnósticos sobre el alejamiento de la política podrían permitirnos dar cuenta del modo en que se produjo un distanciamiento de los jóvenes de las prácticas de la política entendida en términos representativos e institucionales, es decir, dentro del sistema político vigente. Asimismo, la disminución de la participación en espacios políticos que podemos denominar clásicos, así como el alejamiento y la desconfianza hacia las instituciones y actividades convencionales de implicación en la esfera pública. En el mismo sentido, podemos analizar los modos en los que la politización se produjo a través de otro tipo de prácticas o de otros canales que se alejaron relativamente de los canales conocidos de la política.

Así, en el período que denominamos “larga década neoliberal” (1989-2001), se hicieron evidentes los límites de la concepción política hegemónica que había primado en el período de la transición democrática. Se produjo entonces la emergencia de modalidades de organización colectiva y participación política por fuera de las vías institucionales de implicación con la política, creándose nuevos repertorios de movilización social, demandas y actores político-sociales. De este modo, se mostraron los límites de la ciudadanía como única vía de participación e implicación en la vida pública (Merklen, 2005).

Este período estalló en 2001 cuando se produjeron las jornadas del 19 y 20 de diciembre, que expresaron las consecuencias sociales de lo que se denominó “sociedad excluyente” (Svampa, 2006), como también los límites del sistema institucional clásico para procesar las demandas de los actores movilizados.

En definitiva, en este escenario de cambio y desilusiones y por la imperiosa necesidad de resistir a políticas excluyentes, los jóvenes mostraron su capacidad de crear modalidades de compromiso y de participación política por fuera y en directo cuestionamiento a las vías institucionales dominantes. En este punto, quisiéramos hacer referencia específicamente, a cinco de ellas que dan muestra de estas emergencias políticas juveniles.

a) **Los jóvenes piqueteros y los movimientos de base territorial.** Los nacientes Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs) fueron organizaciones con un alto protagonismo juvenil. Por eso, la dimensión generacional es una vía de ingreso para la comprensión de estas experiencias. Estas organizaciones surgieron en espacios barriales –aunque algunos de sus integrantes venían también del ámbito universitario-, donde comenzaron a esbozar nociones como las de *autonomía* y *horizontalidad*. En un comienzo, dichas nociones se constituyeron en una suerte de guía para la acción, surgidas más que nada a partir de un conjunto de intuiciones que definían qué era lo que se rechazaba; pero aparecía menos claro aquello que se quería construir. Justamente en esta búsqueda y en este rechazo, las agrupaciones juveniles comenzaron a definirse como independientes no sólo de los partidos, los sindicatos y el Estado, sino además de las modalidades de deliberación y toma de decisiones sostenidas por aquéllos. Se buscaron formas de

funcionamiento interno básicamente asamblearias, a partir de las cuales se intentaba anular la construcción de jerarquías internas y promover el ejercicio de la democracia directa, promoviendo la participación del colectivo en el proceso de toma de decisiones y rechazando las formas delegativas y representativas de la política. En relación con esto, se pretendía fortalecer la formación política de sus integrantes a partir de la reflexión sobre la práctica concreta que estaban desarrollando y de la constitución de grupos o comunidades de pertenencia basados en el despliegue de vínculos y de afectos. Se trataba de una práctica política que se desplegaba en la vida cotidiana. Asimismo, instauró un tipo de intervención disruptiva, donde cobraba centralidad la acción directa. El *escrache* que instituyó HIJOS y el *corte de ruta* (o piquete) que instauraron los Movimientos de Trabajadores Desocupados expresaron un tipo de acción en el que la apropiación y la producción del espacio público sin mediaciones de algún tipo fueron centrales (Vázquez y Vommaro, 2008; Zibechi, 2003).

b) **HIJOS.** La creación de HIJOS, entre 1994 y 1995, representó irrupción en la vida pública de una nueva forma de militancia en el ámbito de los derechos humanos. Por un lado, implicó la visibilización de los jóvenes quienes no sólo reclamaban justicia, sino que reivindicaban la lucha de sus padres (Bonaldi, 2006.). Así, la agrupación comenzó a intervenir públicamente. No sólo en actos y marchas, sino a partir de una manera de protesta y de intervención simbólica y política novedosa: los *escraches*. Dado que la justicia no podía juzgar y condenar a los culpables, HIJOS se propuso promover la condena social. Es decir, ante la libertad de los genocidas y sus cómplices los escraches buscaban identificar a los genocidas, que la sociedad entera supiera quiénes eran, qué habían hecho, cómo lo habían hecho y quiénes habían sido sus víctimas (esto se condensaba en la frase “si no hay justicia, hay *escrache*”). La intervención directa incluía pegatinas de fotos, pintadas y representaciones teatrales (murga, circo, música). El *escrache* como repertorio de acción, fue tomado por otras organizaciones, y es representativo además de otras modalidades de intervención en el espacio público que surgieron en esta época, como el basurazo, los cortes de calle, los abrazos, entre otros (Schuster *et. al*, 2006).

c) **El Colectivo 501.** Este grupo estaba conformado por un conjunto de jóvenes en el que tuvieron una fuerte presencia integrantes de agrupaciones estudiantiles independientes de la UBA. A inicios de 1999, este colectivo comenzó a reunirse para pensar prácticas políticas *más allá del voto* (Vazquez y Vommaro, 2008). Luego de extensas discusiones acerca de cómo y cuáles serían las expresiones alternativas de participación política que llevarían a cabo, deciden hacer uso del Código Electoral Nacional, que exime de la obligación de votar a quienes se encuentran a más de 500 kilómetros de su domicilio legal. Resolvieron entonces tomar un tren que los sitúe más allá de la obligación de concurrir al acto eleccionario, más allá del voto, en el kilómetro 501. Si bien el efecto inmediato de esta acción disruptiva era el sustraerse de la obligación del sufragio, el problema político que se planteaba no era únicamente electoral. No se trataba sólo de estar a favor o en contra, de participar o no participar de las elecciones, de apoyar a un candidato o candidata, de proponer a otro u otra o incitar al voto en blanco o nulo. Se trataba de la creación de una práctica política que impugnaba la restricción de la misma a un concepto democrático liberal, donde el voto expresa el acto ciudadano por definición. Por otra parte, el significado de esta experiencia expresa un modo de desobediencia -de rebelión- que no se sustenta en la confrontación directa sino en el éxodo, en el correrse de una situación (electoral) rompiendo las pautas que ésta propone.

d) **Resistencia a la violencia policial.** Durante estos años surgieron nuevos organismos de derechos humanos vinculados a la denuncia contra las víctimas del gatillo fácil y la represión policial e institucional. El más significativo fue la CORREPI (Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional). Los casos más resonantes de esta violencia estatal tuvieron como víctimas a jóvenes y adolescentes. Prácticas como la *razzia*, los operativos y detenciones por averiguación de antecedentes, torturas y actos discriminatorios nos llevan a concluir que durante estos años parecía haber una clara criminalización de la juventud, y más aún, de los jóvenes pobres. Las acciones de protesta (marchas del silencio, movilizaciones) tuvieron entre los jóvenes protagonistas privilegiados. (Larrondo, 2013, Manzano, 2011). Asimismo, fue emergiendo un discurso de intensa politicidad contra este tipo de violencia. Éste formó parte de una de las manifestaciones culturales más relevantes para los jóvenes durante esta década: el rock nacional, que adquiría nuevas características musicales y narrativas. Autores como Semán y Vila (1999) o Citro (2008), muestran que se

configura un “discurso antiyuta” no sólo en las letras de las canciones, sino en los recitales (y sus cantitos) en tanto rituales.

e) **Las expresiones artísticas en los barrios: el rock barrial, la cumbia y el arte callejero.** Las formas alternativas de expresión juvenil también se manifestaron en el arte popular que surgió o creció en los barrios, sobre todo de los suburbios de las grandes ciudades (Buenos Aires, Rosario, Córdoba, Tucumán, entre otras). En general estas manifestaciones artísticas tenían dos rasgos que nos interesa destacar: un fuerte arraigo territorial que las ligaba al lugar en el cual habían surgido, y un contenido de protesta, disruptivo o que denunciaba los problemas sociales más graves del momento. Un ejemplo de ello fue el Grupo de Arte Callejero (GAC), conformado en 1997. Este colectivo realizó numerosas y visibles intervenciones urbanas, muchas de ellas articuladas con el accionar público de HIJOS. En síntesis: acción directa, espacio público, arte y estética volvían a confluir en las prácticas políticas de los jóvenes.

f) **Defender la educación.** El proceso conocido como reforma educativa de los noventa –el cual incluyó la sanción de nuevas leyes de educación de raíz neoliberal–, afectó a todos los niveles de enseñanza, a la estructura de gradualidad del sistema educativo, y también a su financiamiento. Es posible sostener que la lógica de mercado no fue implementada hasta las últimas consecuencias gracias a la fuerte resistencia del sector educativo. La reforma neoliberal fue enfrentada por los sindicatos docentes, pero también por los jóvenes organizados tanto en los centros de estudiantes secundarios, como en las universidades. Marchas, jornadas de protesta, tomas de universidades se sucedieron a lo largo de todo el país durante estos años. Esta movilización se dio además, en el contexto de cambios en las lógicas de organización estudiantil. Los partidos políticos perdieron fuerza en la construcción de las identidades políticas estudiantiles y en sus formas organizativas (principalmente, centros de estudiantes y federaciones). En cambio, emergieron otras formas de participación estudiantil, basadas en la independencia de organizaciones partidarias y la construcción de otras modalidades de organización que se expresaron en espacios políticos alternativos a los existentes.

Las diversas experiencias que hemos presentado no son más que algunas de las expresiones de la denominada “rebelión juvenil de los noventa” (Zibechi, 1997). En éstas, podemos observar la conformación de actores, formas organizativas, definiciones y presentación pública que, aunque desencantadas, no dejan de mostrar experiencias de politización relevantes en las cuales los jóvenes y las jóvenes han sido protagonistas.

2001 y después

En estos años se expresa visiblemente la emergencia del territorio como producción política y la política como producción territorial. En efecto, el proceso de territorialización que se venía gestando desde años antes adquiere una dimensión cada vez más importante en este momento.

A su vez, si la organización popular para resistir, proponer alternativas y resolver las condiciones de existencia venía desarrollándose en los barrios, luego de las jornadas de diciembre de 2001, los sectores medios urbanos también comenzaron a ensayar formas de participación distintas a las conocidas. Las asambleas barriales formadas en la Ciudad de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires –principalmente–, pero también en las ciudades del interior del país fueron muy concurridas durante el primer año y medio. Allí se gestaron formas alternativas de deliberación y participación pública no estatal, ancladas en la figura del “vecino” (Hadad, Comelli y Petz, 2012), y unificadas en torno al rechazo hacia “los políticos”. Estos espacios tenían una vocación de generar formas de democracia y política que se considerasen genuinas; recuperando una esfera de lo colectivo que se diagnosticaba destruida luego de la experiencia neoliberal. Si bien no fueron necesariamente impulsadas por jóvenes, éstos también se hicieron presentes y participaron activamente.

Otro de los espacios que emergió en este momento fue el de las empresas recuperadas por sus trabajadores en las cuales el lugar de los jóvenes fue fundamental tanto en el proceso de recuperación (donde había que *poner el cuerpo* para defender la toma del predio recuperado), como en la organización productiva y en las actividades culturales abiertas al barrio que se desarrollaron en estas empresas.

Durante el año 2002 la protesta y la movilización se multiplicaron a lo largo de todo el país, implicando una diversidad de sectores sociales. En ese contexto, Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, militantes de dos Movimientos de Trabajadores Desocupados en la zona Sur del Gran Buenos Aires, participaban el 26 de junio de 2002 en una jornada de protesta. Tenían 21 y 22 años cuando fueron asesinados por la policía bonaerense en las cercanías del Puente Pueyrredón. La figura de estos jóvenes fue retomada como símbolo por otros miles que militaban en movimientos territoriales y de desocupados. En la sección siguiente daremos cuenta de algunos de los cambios en el vínculo juventudes y políticas que identificamos a partir de fenómenos de ruptura y continuidad en años más recientes.

2003-actualidad: recomposiciones y conflictos

Finalmente, podemos distinguir dos momentos en el período post crisis de 2001 hasta la actualidad. En el primero, continúa el ciclo de movilización anterior a la crisis, que culmina con la denominada Masacre del Puente Pueyrredón, el 26 de junio de 2002. El segundo se inicia con la presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007), continúa hasta el presente y se caracteriza por una relativa recreación de la legitimidad gubernamental y la recomposición de la institucionalidad amenazada.

El primer gobierno de Néstor Kirchner emprendió algunas acciones que es importante señalar y que delinearán ciertas rupturas en relación con lo acontecido hasta el año 2003. Una de las primeras marcas de su gestión fue el proceso de reconstitución de la autoridad presidencial, y de la legitimidad de la política institucional. En ello, tuvo sin duda un fuerte peso la política de derechos humanos, la retórica en torno a la dignidad nacional y la invitación a romper con el esquema neoliberal y los vínculos con los organismos internacionales de crédito.

Una de las cuestiones nodales que caracterizan a este momento es el debate sobre las modalidades y espacios que fue adquiriendo la participación política de la juventud en el contexto de particulares formas del ejercicio del liderazgo político. En este sentido, creemos que existen numerosos indicios que nos permiten plantear la presencia de un crecimiento de la participación juvenil en estructuras caracterizadas como tradicionales, es decir, con los mecanismos clásicos de participación de las democracias liberales: partidos, sindicatos y grupos de interés. Dar cuenta de este cambio es particularmente sinuoso para la investigación, dado que no sólo es reciente sino que también ha sido fuertemente instalado como hecho desde la agenda mediática y política.

A partir de lo dicho, no obstante, nos alejamos de las ideas instaladas acerca de una supuesta “vuelta a la política”. Creemos que estamos en presencia de una mayor participación de las juventudes en los espacios institucionales antes mencionados. Pero esto no significa que las formas de participación vinculadas a espacios autónomos, territorializados, hayan desaparecido, ni que la participación de la juventud en estructuras partidarias o movimientos estudiantiles sean las únicas legitimadas o visibles en el espacio público. Podemos sostener que conviven las dos, se entretienen, se vinculan, entran en tensiones y se transforman mutuamente. En una palabra, más que en reemplazos, proponemos pensar en superposiciones, pliegues, cruces y actualizaciones de formas anteriores.

Sin dudas, la constatación del crecimiento de las agrupaciones juveniles kirchneristas (Pérez y Natalucci, 2012; Vommaro y Vázquez, 2012; Nuñez y Vázquez, 2013), nos permite hablar de la emergencia de una militancia juvenil con presencia en todo el país que apoya al partido en el gobierno. Es posible sostener que ello no se veía desde el retorno democrático.

Otro de los espacios de participación clásica que se han visto fortalecidos en años recientes es el de los centros de estudiantes secundarios. Las tomas de escuelas en la Ciudad de Buenos Aires durante 2010 y 2012 mostraron la presencia de organizaciones estudiantiles revitalizadas que se convirtieron en interlocutores reconocidos para la discusión de la política educativa. Por su parte, en la Provincia de Buenos Aires se multiplicó tanto la cantidad de centros de estudiantes como de coordinadoras estudiantiles, en gran medida impulsadas por el cambio de la normativa y el estímulo gubernamental.

En este escenario de disputas respecto de los alcances y significados de los vínculos entre juventudes y políticas, en noviembre de 2012 se aprobó en el Congreso de la Nación la ampliación del sufragio para las personas entre dieciséis y dieciocho años de edad. Sin dudas, esta reforma del Código Nacional Electoral es

un avance que alimenta el proceso de ampliación de derechos que se produjo en la Argentina desde 2003. Sin embargo, las cuestiones que abre y deja pendientes la nueva norma son diversas. Desde su elaboración con escasa participación juvenil y con una mirada adultocéntrica, hasta cierta minorización de la juventud al hacer el voto optativo para las personas de entre 16 y 18 años (manteniendo la obligatoriedad para el resto), y la consagración de una única forma de participación enmarcada en la democracia representativa, como si solo allí se dirimieran las formas políticas juveniles más potentes e innovadoras.

En este punto podemos preguntarnos ¿qué significa ser joven en la Argentina actual, cuáles son los significados y modos de ser joven en disputa? Por un lado, encontramos la juventud construida como “causa” pública que produce adhesiones y movilización política (Vázquez, 2012). Por otro, la noción de juventud en tanto autoafirmación o autopercepción, cuando los colectivos juveniles o de jóvenes se reconocen como tales y a partir de ese reconocimiento despliegan su práctica. Como tercer significado, encontramos el procesamiento de los conflictos políticos expresados en clave de disputa generacional, la nueva política versus la vieja, no como modos o expresión de intereses, sino como símbolo de la política de los jóvenes y la de las generaciones anteriores. Asimismo, aparecen otras concepciones de las juventudes que presentamos en pares dicotómicos: el joven apático-participativo versus el individualista-comprometido; la juventud como sujeto en el presente (aquí y ahora) a diferencia de la juventud como preparación para el futuro (moratoria), el joven ciudadano contra el joven consumidor, la juventud como riesgo o amenaza, distinta a la juventud como sujeto de derecho y también a la juventud como sujeto o agente de cambio.

A partir de lo dicho, sostenemos que en los últimos treinta años es posible observar entre los jóvenes un doble desplazamiento. En primer lugar, desde las formas clásicas de organización y participación política hacia otro tipo de espacios y prácticas en los que no sólo no rechazaban la política, sino que se politizaban sobre la base de la impugnación de los mecanismos delegativos de participación y toma de decisiones. Este es el movimiento que signó los años ochenta y –más fuertemente- noventa (podríamos fecharlo en el período 1983-2002/3). En segundo lugar, una trayectoria que marca una nueva parábola de recomposición de la política partidaria e institucional centrada en el Estado; un reencantamiento con lo público estatal y con las formas clásicas de participación política. Es decir, el surgimiento de organizaciones que se nombran o autoperceben como juveniles, que se constituyen desde o en diálogo fluido con el Estado y encuentran en las políticas públicas de ciertos gobiernos latinoamericanos (que denominan progresistas o populares) espacios fértiles de acción y desarrollo de sus propuestas. Son grupos que en algunos casos están vinculados a juventudes partidarias y que en todos los casos se presentan como base de apoyo de los gobiernos en cuyas políticas o instituciones participan (Rodríguez, 2012). Esta es la dinámica que marca el proceso de recomposición que caracterizó a la Argentina luego de 2003. Sin embargo, este regreso de la política vinculada a los partidos y a los canales institucionales propuestos desde el Estado no será una réplica de momentos anteriores. Al contrario, se asentará sobre nuevas bases caracterizadas por tres nociones fundamentales: territorio, politización y espacio público o común.

Entonces ya nada volverá a ser como era. La recomposición política que experimentamos en la actualidad se sustenta sobre las bases de las transformaciones en los modos de hacer política a partir de las grietas que se abrieron en la década del noventa y se consolidaron luego de 2001. Más que regreso, podemos hablar de reactualización o resignificación de elementos presentes en momentos anteriores. Entre la disrupción y la integración, entre la continuidad y innovación, entre la autonomía y el estado se dirimen las formas de participación política de las juventudes argentinas en la actualidad.

Referencias bibliográficas

Alvarado, Sara.V y Vommaro, P. (ed) (2012). *Jóvenes, políticas y culturas: experiencias, acercamientos y diversidades*. CLACSO-Homo Sapiens, Buenos Aires.

Balardini, S (2000) “Prólogo” en Balardini, Sergio (comp) *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del Nuevo Siglo* Buenos Aires, CLACSO Pp. 7-19

Bauman, Z. (2007). "Between Us, the Generations", en Larrosa, J. (ed.). *On generations. On coexistence between generations*. Fund. Vivir y Convivir, Barcelona, 2007. Pp. 365-376.

Bonaldi, P (2006) "Hijos de desaparecidos. Entre la construcción de la política y la construcción de la memoria" en Jelin, E. y Sempol, D. (comps.) (2006) *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*. Buenos Aires, Siglo veintiuno Pp. 143-182

Bonvillani, A, Palermo, A., Vázquez, M y Vommaro, P (2010). "Del Cordobazo al kirchnerismo. Una lectura crítica acerca de los períodos, temáticas y perspectivas en los estudios sobre juventudes y participación política en la Argentina", en Alvarado, S. y Vommaro, P. (editores). *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Buenos Aires, CLACSO-Homo Sapiens. Pp. 21 a 54.

Borelli, S (2010). *¿Qué significa investigar en juventud?*. Conferencia dictada en el Posdoctorado en Ciencias sociales, Niñez y Juventud, Buenos Aires.

Citro, S (2008) "El rock como ritual adolescente. Tránsito y realismo grotesco en los recitales de Bersuit" en TRANS (Revista Transcultural de Música): 12

Ghiardo, F (2004) "Generaciones y Juventud: una relectura desde Mannheim y Ortega y Gasset" en *Última Década* núm. 20, 2004. Centro de Estudios Sociales, Chile. pp. 11-46

Hadad, MG; Comelli, M y Petz, MI (2012). "De las asambleas barriales a las asambleas socioambientales: La construcción de nuevas subjetividades Políticas. Argentina 2001 – 2011" En *Astrolabio*. Nueva Época No 9 (2012), Universidad Nacional de Córdoba. Pp. 302-332.

Kruger, M (2010). *Jóvenes de escarpelas tomar*. Edit Universidad de La Plata-CAICYT-CONICET, La Plata.

Larrondo, M (2013) *El movimiento estudiantil secundario en la Provincia de Buenos Aires: Organización, marcos de acción colectiva e identidades*. 2009-2012. IDES-UNGS (mimeo)

Lewkowicz, I (2004) Generaciones y constitución política [versión electrónica]. URL www.estudiolwz.com.ar

Mannheim, K. (1928) [1993] "El problema de las generaciones" en Revista Española de Investigaciones Sociológicas, 62

Manzano, V (2011) "Cultura, política y movimiento estudiantil secundario en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX" en *Propuesta Educativa* Buenos Aires, Flacso N° 35 Pp. 41-52

Margulis, M. y Urresti, M. (1996). "La juventud es más que una palabra" en Margulis, M. (Ed.) *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Buenos Aires, Biblos

Martín Criado, E. (1998) *Producir la juventud* Madrid, Istmo.

Merklen, D (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática*. Buenos Aires, Gorla.

Natalucci, A. y Pérez, G (2012) "Introducción: el kirchnerismo como problema sociológico" en Natalucci, A y Pérez, G (comps) *Vamos las bandas. Organización y militancia kirchnerista*. Buenos Aires, Trilce. Pp 7-27

Novaro, M (1995) "El debate contemporáneo sobre la representación política" en *Desarrollo Económico* N° 137. Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires.

Núñez, P (2010) "Política y poder en la escuela media. La socialización política juvenil en el espacio escolar". Tesis de Doctorado. Universidad Nacional de General Sarmiento-IDES. Buenos Aires, 2010.

Núñez, P (2011) "Protestas estudiantiles: interrelaciones entre escuela media y cultura política" en *Propuesta Educativa* (Buenos Aires: Flacso) N° 35. Pp. 7-10

Núñez, P y Vázquez, M. (2013) *Políticas públicas de juventud e inclusión social en América Latina y el Caribe. Caso Argentina*. Informe UNESCO-CLACSO

Reguillo, R. (2003). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires, Norma.

Rodríguez, E. (2012). *Movimientos juveniles en América Latina: entre la tradición y la innovación*. Montevideo, CELAJU – UNESCO.

Semán, P y Vila, P; (1999) "Rock chabón e identidad juvenil en la Argentina neoliberal", en: D. Filmus, Los 90. Política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina en fin de siglo, FLACSO-Eudeba, Buenos Aires. Pp 225-258

Sidicaro, R. (1998) "Los jóvenes de la región Metropolitana. Sus sensibilidades sociales y políticas" en Tenti, E. y Sidicaro, R (comps)(1998) *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación*. Buenos Aires, UNICEF-Losada

Sidicaro, R. y Tenti Fanfani, E. (1998). *La Argentina de los jóvenes*. Unicef Losada, Buenos Aires.

Svampa, M (2006). *La sociedad excluyente. Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires, Aguilar

Tenti, E (1998) "Visiones sobre la política" en Tenti, E. y Sidicaro, R. (1998) (comps) *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación*. Buenos Aires, UNICEF-Losada

Vázquez, M (2012). “La juventud como causa militante: algunas ideas sobre el activismo político durante el kirchnerismo”, en *Grassroot*. Volumen 1, N° 2, Diciembre de 2012. Pp. 32-36.

Vázquez, M y Vommaro, P (2008) “La participación juvenil en los movimientos sociales autónomos. El caso de los Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTDs)” en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* Vol. 6, N° 2. Manizales, CINDE.

Vázquez, M y Vommaro, P (2012). “*La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora*”, en Pérez, G. y Natalucci, A. (eds.). *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Buenos Aires, Trilce. Pp. 149-174.

Vila, P (1989). “Rock Nacional. Crónicas de la resistencia juvenil” en Jelin, Elizabeth (comp) *Los nuevos Movimientos sociales. Mujeres. Rock Nacional. Derechos Humanos. Obreros. Barrios*. (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Vommaro, P (2010). “Política, territorio y comunidad: las organizaciones sociales urbanas en la zona sur del Gran Buenos Aires (1970-2000)”. Tesis doctoral defendida en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Director: Federico Schuster. Co-director: Pablo Pozzi. *Mimeo*.

Vommaro, P (2013a). “Juventud y política”, en *Diccionario Internacional de Derecho del Trabajo y la Seguridad Social*. Ed. Tirant Lo Blanche, España. Rodrigo García Schwarz (coordinador).

Vommaro, P (2013b). “Las relaciones entre juventudes y políticas en la América Latina contemporánea: una aproximación desde los movimientos estudiantiles”, en *Revista Sociedad* N° 32, mayo 2013, Buenos Aires. Pp. 127-144.

Vommaro, P y Picotto, D (2010). “Jóvenes y política: una incursión por las agrupaciones de estudiantes independientes de la Universidad de Buenos Aires”. En *Revista Nómadas* N° 32 (mayo de 2010), Bogotá. Pp. 149-162.

Zibechi, R. (1997). *La revuelta juvenil de los 90: las redes sociales en la gestación de una cultura alternativa*. Ed. Nordan, Montevideo.

Zibechi, R.(2003). *Genealogía de la Revuelta. Argentina: sociedad en movimiento*. Ed. Nordan, Montevideo.